

efecto, se planteaba la cuestión del parasitismo, porque en la colmena social no podía haber plaza para los avejorros.

Al mismo tiempo que se resolvía el problema de la alimentación, se pensaba también en vestir y albergar convenientemente a los desheredados del antiguo régimen. Por todas partes, por barrios, por calles, por agrupaciones de vecindario, se constituyeron por afinidad grupos de información e iniciativa que hacían por aquellos desgraciados lo que por sí mismos no hubieran osado hacer: les procuraban vestidos, ropa blanca y mobiliario; buscaban los locales deshabitados y en ellos les instalaban, haciendo lo mismo con las familias que habitaban en tugurios.

La idea constante de introducir una mejora inmediata en la suerte de la masa fué la característica dominante de la revolución. Los más inconscientes se dieron cuenta de que algo había cambiado, que el aire era más respirable, la vida menos dura y el porvenir aparecía coloreado con más alegres matices.

Por haberse entregado ardientemente los revolucionarios a aumentar inmediatamente el bienestar general, la revolución se hizo invencible, triunfó de todas las resistencias, desvaneció todas las dificultades.

CAPITULO XV

Ferrocarriles, Correos, Telégrafos y Teléfonos

La reorganización de los grandes servicios de comunicación y de transporte era urgentísima, y a ella se dió principio inmediatamente después de la disolución del gobierno.

La incapacidad administrativa del Estado había sido tan notoria, que la gestión autónoma por los grupos interesados aparecía, hasta para hombres que veían la revolución con antipatía, como la solución lógica y única plausible. Esa transformación de los antiguos servicios públicos fué simplificada por su misma forma, y para cada uno de ellos procedió el personal con relativa facilidad, guiado por un solo objetivo, adaptarle a las necesidades para que fué creado, de manera que pudiera obtenerse el máximum de rendimiento con el menor esfuerzo.

En el servicio postal, telegráfico y telefónico, fué, naturalmente, la Federación sin-

dical de C. T. T. (Correos, Telegráfos y Teléfonos) la encargada de la reforma.

Mientras las comunicaciones se restablecían, se celebró un congreso de todos los servicios, que encargó a comisiones de revisión administrativas la depuración del personal: los jefes indignos, incapaces o parásitos fueron desechados; después, inspirándose en todas las indicaciones que se les dirigieron, procedieron a una reorganización que reemplazaba la autoridad por la competencia: ingenieros, especialistas, administradores y, en una palabra, los hombres de verdadero saber, en cualquier orden del servicio, no fueron desdeñados ni desconocidos, quedando en situación de continuar trabajando en el pro común. ¡Qué diferencia de aquellos tiempos en que la intriga y la recomendación eran preferidas al verdadero mérito!

Terminada felizmente esa tarea previa, tocó el turno a la simplificación del servicio: el expedienteo, que en el antiguo sistema parasitario se desarrolló hasta la locura, se redujo a la más simple expresión, resultando como consecuencia una facilidad tal, que el trabajo pudo hacerse con mayor rapidez y menor personal. Como es natural, las comisiones de revisión no resolvieron por sí solas y no decidieron arbitrariamente respecto de la reorga-

nización; la división de los servicios facilitó la tarea. Una vez elaborado el plan de conjunto, los interesados fueron quienes, en su radio de acción, en su grupo o en su sección de trabajo, se ocuparon de la reforma y de la reorganización del servicio. Gracias a ese método no hubo anulación de iniciativa, y con esa coordinación de los esfuerzos comunes, impulsados en una dirección convergente, pudo obtenerse una unidad de funciones nunca hasta entonces realizada.

Lo que entonces hicieron los carteros, y lo que se hizo en los diferentes servicios públicos, fué una repetición de lo que se hacía como cosa corriente durante la revolución de 1789-93. Con la diferencia de que en aquella época la rebeldía se materializaba en actos significativos en el cuadro militar y no en el cuadro social.

He lo que ocurrió en los primeros días de Abril de 1791, bajo el reinado de Luis XVI: el regimiento de Auvernia, de guarnición en Phalsbourg, destituyó todos sus jefes y oficiales y los reemplazó por hombres de su elección. Un testigo ocular nos ha dejado el siguiente relato de la operación:

«A la una de la tarde, el regimiento, conducido por sus suboficiales, forma el cuadro en la plaza de armas, mientras los oficiales nobles

estaban en el café bebiendo y jugando. Baten los tambores y tres soldados viejos salen de las filas, uno de ellos saca un papel de su bolsillo y lee. Intima al sargento Ravette a salir de las filas, Este se adelanta, arma al brazo, y el viejo soldado le dice: «Sargento Ravette, el regimiento os reconoce por su coronel...» En seguida continúa leyendo y designa sucesivamente el teniente coronel, el comandante, los capitanes, los tenientes, etc.

»Los oficiales nobles, atraídos por el espectáculo, encolerizados, quisieron interponerse; pero el nuevo coronel les dijo con severidad: «Señores, tienen ustedes seis horas para evacuar la plaza...» Terminada la operación, el regimiento volvió al cuartel... y al día siguiente ni uno de los jefes destituidos quedaba en la ciudad.»

Esa depuración militar era del mismo género, aunque en esfera de acción diferente, que la que efectuaron los carteros de la nueva revolución; lo que demuestra que en las tácticas revolucionarias hay una persistente identidad, que se reproduce en diferentes épocas, únicamente modificada por la diversidad del medio.

Al mismo tiempo que la federación de C. T. T. llevaba a buen término la reorganización material de los servicios, discutía y solucionaba el

delicado problema de sus relaciones con el público. El sistema adoptado, la gratitud del transporte de las correspondencias y de las comunicaciones telegráficas y telefónicas, estaba en germen ya hacía mucho tiempo; se había entrevisto, ya en la sociedad burguesa, que hacia ese sistema se caminaba progresivamente. En efecto, casi la gratitud era el franqueo a 10 céntimos para las cartas dirigidas a las colonias; y un comunismo relativo era establecer la misma tasa para la carta transportada a algunos kilómetros que para la destinada a ultramar.

Con la gratitud, el mecanismo de los servicios se redujo a las funciones puramente útiles, libres del trabajo de contabilidad y de la complicación consiguiente al sistema monetario. Esa transformación dió el resultado ya observado cada vez que se rebajaron las tarifas de correspondencia: hubo aumento de tráfico; pero paralelamente a ese aumento hubo una baja considerable, debida a la supresión del comercio, de los negocios y del agio.

En lo sucesivo, sólo la correspondencia con los países extranjeros quedó sometida a las prácticas del sistema monetario y a las formalidades de franqueo o de pago de las tasas; en el interior, el envío de cartas, de telegramas y aun de las comunicaciones telefónicas se

efectuaba a la presentación de la carta sindical de consumo.

Como es natural, la comunicación de los servicios de los C. T. T. implicaba una reciprocidad que pusiera al personal en estado de satisfacer sus necesidades. A ello atendió el Congreso de la Confederación del Trabajo, que trató los asuntos de orden general y en que las proposiciones de poner completa e inmediatamente en común los grandes servicios públicos, como correos, telégrafos, teléfonos, ferrocarriles y otros fueron discutidos y aprobados.

Como corolario de esta decisión, se convino en que el personal de los servicios comunizados recibiría «cartas» y «carnets de consumo», que le permitiera atender cumplidamente a sus necesidades.

La operación revolucionaria que transformó tan radicalmente el servicio de comunicaciones, verdadero sistema nervioso de la sociedad, sirvió de norma para el funcionamiento de los ferrocarriles, que representa el sistema arterial y venoso.

El sindicato de ferroviarios reemplazó a las Compañías particulares y al Estado, tomando posesión de las estaciones, del material circulante y de los talleres de construcción y repa-

ración. Hecho esto, lo mismo que en el servicio postal, formáronse comisiones que adoptaron las medidas necesarias para establecer el funcionamiento más perfecto posible. Se adoptó la unificación de las líneas, la supresión de los presupuestivos y de toda superfetación burocrática y de contabilidad inútil. Tales disposiciones permitieron dedicar al servicio activo gran número de empleados precedentemente inmovilizados en tareas inútiles y superfluas.

El transporte de viajeros y mercancías fué gratuito, y para atender a sus necesidades los ferroviarios, como sus compañeros de la corporación postal, recibieron «cartas» y «carnets de consumo».

Esta gratitud de los transportes, de hecho, no era más que la extensión a todos de un privilegio hasta entonces reservado a los grandes personajes del Estado, a los diputados y a otras notabilidades, lo mismo que a ciertas categorías de funcionarios y a los empleados de ferrocarriles.

En los primeros momentos, la posibilidad de viajar a capricho sin tocar al bolsillo fué origen de abusos. Había tantos desheredados de la industria, sobre todo entre la población femenina, que no se habían alejado nunca de la fábrica, que jamás habían visto una

montaña ni una playa; tantos campesinos que nunca habían recorrido las calles de una ciudad, que la pasión de los viajes que dominó a unos y otros era excusable.

Pero todo ello resultó al fin ventajosísimo; los inconvenientes fueron grandemente superados por los beneficios, porque la mezcla de gentes de la ciudad y del campo disipó muchas injustificadas preveniciones, y la alegría de viajar probó a los más obtusos que la nueva sociedad que se iniciaba era superior a la del capitalismo.

CAPITULO XVI

La vida de la ciudad

Mientras se realizaba la substitución de la gestión del Estado por la sindical respecto de ferrocarriles, correos, telégrafos y teléfonos, una transformación semejante se llevaba a cabo en otros grandes servicios, como puentes y caminos, transportes acuáticos, etc. Así mismo se reorganizaban los servicios urbanos, municipalizados o concedidos a compañías. En todos esos trabajos, los sindicatos correspondientes fueron el centro de la actividad renovadora.

El poder municipal era una administración sobre la que el ayuntamiento tenía un ilusorio derecho de intervención; dependía del Estado, y como él era incompetente y se hallaba igualmente desprestigiado, y con él se hundió.

El Ayuntamiento, parodia del Parlamento, era una excrescencia democrática tan inútil como la Cámara de diputados. Mas como el Hotel de Ville conservaba el prestigio de la